

SERMON

DE SAN ANDRES.

*Mibi autem absit gloriari nisi in cruce
Domini nostri Jesu Christi. Ad Ga-
lat. 5. v. 14.*

COMO el amor verdadero es inseparable de la estimacion y aprecio, no se puede dudar que San Andrés haya apreciado la Cruz en gran manera, respecto de que siempre la amó; y como era uno de los mas nobles objetos de sus deseos, era tambien uno de los mas ordinarios sugetos de su alabanza. Quando hablaba con los fieles, les hacia el elogio de la Cruz. Quando trataba con Dios, le pedia la gracia de morir en la Cruz; y en todo protextaba que la vida sin la Cruz era para él un suplicio mas riguroso que la muerte. Este discurso, Señores, no podria ser agradable á los enemigos de la Cruz; y como el lenguaje del amor parece barbaro al que no ama: *Lingua amoris ei qui non amat barbara est.* (a) Juzgo que el mio, ó mejor diré el de San Andrés, parecerá muy extraño á los que aman las delicias, y aborrecen la Cruz.

(a) Bernard. Serm. 59. in Cantico.

Cruz. Mas respecto de que el Espíritu Santo fue el que enseñó á los Apostoles las lenguas de todas las Naciones para facilitar la predicacion del Evangelio; ofrezcamosle nuestros votos, para que nos dé la inteligencia del idioma de San Andrés. Y para conseguir de él esta gracia, imploremos el favor de aquella que fue perfectamente instruida en la ciencia del amor, y del dolor al pie de la Cruz, y digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Es un milagro de la sabiduria y omnipotencia de Dios, haver vinculado la salud del mundo en la Cruz de Jesu-Christo, disponiendo que un suplicio no menos cruel que ignominioso, fuese el origen de nuestra dicha, y de nuestra gloria. Pero ciertamente no es menor milagro el haver unido en la Cruz el dolor con el placer, y haver inspirado el amor y estimacion de ella en el corazon de los fieles; porque el christiano, á la verdad, es un amante de la Cruz, que la busca mientras vive, y que se tiene por dichoso de poder hallarla en su muerte. Verdad es, que no todos los christianos la reciben con una misma disposicion; porque los que son mas sensibles al temor que al amor, la reciben con paciencia, y la aceptan unicamente porque no pueden rechazarla. Los que tienen mas esperanza que temor, reciben la Cruz con sumision, y aun con un genero de placer; pero aquellos á quien el amor ha conducido á la perfeccion, la buscan con ansia, y la abrazan con alegria, dice S. Bernardo; *Qui initiatur à timore, crucem*

cem Christi sustinet patienter; qui proficit in spē, portat libenter; qui vero consumatur in charitate, amplectitur jam ardentem. (a) Quando considero yo, Señores, la violenta pasión con que San Andrés buscó y abrazó la Cruz, me veo obligado à confesar que este Santo ha hecho por sí solo orden aparte ò particular; que se ha elevado sobre el de todos los fieles; y que en su amor à la Cruz no tiene à quien compararse sino à Jesu-Christo. Porque además de que la deseó con ansia todo el tiempo de su vida, que la buscó con ardor en todos sus viages, y que con instancia la pedia en todas sus oraciones; él por ultimo la recibe con tal exceso de alegría, que no solamente destierra de su corazon el miedo, sino que parece haver borrado en él todos los sentimientos de flaqueza; de que son capaces los hombres mas animosos. Y para servirme de los terminos de San Bernardo, su semblante no se inmuta con la vista de la Cruz, como lo pide al parecer la flaqueza de un hombre mortal; sus cabellos no se erizan de pavor; su lengua no se estampa en el paladar; su cuerpo no desmaya de miedo, ni su alma se turba con la aprehension; pero sí, el amor le pone palabras en su boca, que testifican muy bien que la Cruz que causa nuestro temor, causa su deseo y regocijo. Y así, al punto que la percibe, levanta la voz, y dirigiendola un discurso, la dice: ¡O Cruz! objeto de mi amor, recibe al Discipulo del Maestro que murió entre tus brazos, y

(a) Bernard. Sermon. 1. de S. Andrea.

preparate tu amoroso seno para acabar mi sacrificio y mi vida. ¡O valgame Dios! ¿Era éste que hablaba así, dice San Bernardo, un hombre; ò era un Angel? Era un hombre, responde, fragil y mortal como nosotros; pero era un hombre, cuya fé era fortificada por el Espíritu Santo; y à quien el amor havia dado el esfuerzo. Así hablaba un hombre, continúa San Bernardo, que havia mudado de sentimientos y naturaleza; que no solamente aceptaba la Cruz con placer, sino con ansia; que corria tras los dolores como si fueran delicias; y que esperaba hallar su felicidad en el suplicio de la Cruz. *Alterati hominis est ista vox, qui non solum patienter aut libenter, sed & ardentem ad tormenta tamquam ad ornamenta, ad penas sicut ad delicias properabat.* Este es el motivo, Señores, de ser inexplicables los sentimientos de San Andrés, à no ser que se comparen con los de Jesu-Christo. Y así, haria yo injuria à su valor, si no os hiciera ver, como intento, que la Cruz ha sido para él, como para el Hijo de Dios, un sagrado thálamo, donde ha parido à los fieles; una Cátedra donde ha enseñado à los ignorantes; un altar donde se ha sacrificado à sí mismo; y un tribunal donde ha condenado à los delinquentes. Oíd con sosiego.

PUNTO PRIMERO.
No sin justa razon fue el Hijo de Dios intitulado el fiador de los pecadores; pues haviendose cargado con sus delitos, quiso sufrir la pena, y satisfacer por ellos à la justicia de su Padre. El

hombre y la muger fueron condenados á muerte, que puede llamarse el suplicio comun de estos dos primeros culpables; y murieron efectivamente, despues de haver vivido algunos años. Su tránsito fue el castigo de su pecado; y como dice San Agustin, perdieron la vida contra su voluntad, por haver por su voluntad perdido la gracia. Esta muerte, pues, aunque involuntaria, no dexó de ser dulce; y se puede decir, que fue acompañada de dolor y de placer. De dolor, porque estas dos porciones que se amaban, y que havian sido unidas para jamás separarse, tuvieron pena en dividirse. De placer, porque el cuerpo debilitado por los años, havia venido à ser como una prision ò sepulcro del alma, que miraba la muerte como su rescate, ò como su resurreccion. Pero la muerte de Jesu-Christo fue violenta, aunque voluntaria, fue vergonzosa y cruel, escogiendo la cabeza la muerte más dura è ignominiosa, para hacer à sus miembros menospreciadores de toda especie de muertes.

El hombre, como particular, fue condenado à sustentar su vida con el sudor de su rostro: *In sudore vultus tui vesceris*: y à cultivar la tierra, que para castigarle estaba llena de espinas: *spinas & tribulos germinabit tibi*. Estas espinas, con todo eso, no son tan comunes à todos los hombres, que no haya muchos que se liberten de ellas. Y así se ven innumerables, que no sudan jamás sino en sus diversiones; para quienes esta pena se ha convertido en placer; y que solo se acaloran con la pelota, con la caza ò con el bayle. Se hallan tambien personas, para quienes la tierra no

es estéril; que recojen rosas sin espinas; y que gozan en su dulce reposo del trabajo de otros. Lo qual supuesto, estas penas, segun parece, no han sido inventadas sino para exercitar la paciencia de Jesu-Christo; y la justicia de su Padre ha querido hacerlas caer sobre su inocente persona. El sudó sangre y agua en el huerto de las olivas, sus poros se dilataron, sus venas se abrieron; y como era el fidejutor del hombre, regó con su sangre, y con su sudor la tierra criminal. Las espinas coronaron su cabeza en el discurso de su passion; y estas funestas hijas del pecado fueron empleadas para llenarle de confusion y de dolor. Sus enemigos le hicieron una corona, en que la infamia disputó la ventaja à la crueldad. Y así se puede decir, que la tierra no produjo las espinas sino para afligir à Jesu-Christo; y que este cruel suplicio fue inventado solamente para él.

La muger, que fue la primera delinvente (pues despues de haver sido seducida del demonio, empenó al hombre en el pecado que ella havia ya cometido) fue condenada à dos penas, que son, al parecer, mas rigurosas que las del hombre. La primera fue la de obedecer à su marido, y ser sierva de aquel de quien antes era la compañera: *Et vir dominabitur tibi*. (a) La segunda, la de parir con dolor, y no poder dar vida à sus hijos, sin poner la suya en peligro; experimentando el tormento de las vivoras, à quienes los hijuelos despedazan las entrañas para salir de ellas. Este supli-

(a) Genes. 3. v. 16.

plício sin duda es tan cruel, que quando la Escritura santa quiere exagerar algun dolor, le compara al que padecen las madres quando dan à luz sus hijos: *Ibi dolores ut parturientis.* (a) Sin embargo, la experiencia nos enseña, que hay mugeres que no obedecen à sus maridos; y que dispensandose de esta legitima obligacion, recobran por su artificio ò industria el poder que havian perdido por su pecado. Otras hay, que padecen poco en sus partos; que conservan su vida quando la dan à sus hijos; y que aun no pierden el buen parecer en este su trabajo.

Y asi es preciso confesar, que el Hijo de Dios, que no es menos la caucion de la muger que la del hombre, ha cargado tambien con estas dos terribles penas en toda su extension, y en todo su rigor: porque ha obedecido à su Padre hasta la muerte, y muerte de Cruz. Recibió su decreto con sumision. No apeló de esta sentencia quando le fue intimada; y sin alegar su inocencia, sufrió el suplicio, que los hombres solamente hacian tolerar à los esclavos. Parió à los christianos con terribles dolores. Su Cruz fue el thálamo donde perdió la vida por darsela à sus hijos. Fue necesario tambien abrirle el corazon para que naciese su Esposa. Y asi como Eva fue extrahida de la costilla de Adan mientras éste dormia, asi la Iglesia salió del costado de Jesu-Christo estando muerto, y halló el mundo esta hija postuma en las entrañas de su Esposo y de su Padre. Acaso hacia alusion à este

mys-

(a) Psalm. 47. v. 12.

mysterio el Profeta quando decia: *Vidi omnis viri manum super lumbum suum quasi parturientis.* (a) Yo ví al hombre universal, esto es, al que representó à todos los hombres, teniendo sus manos sobre sus riñones, y haciendo esfuerzos para parir. En efecto, ¿de quién se pueden entender estas palabras sino de Jesu-Christo, que cargando sobre la Cruz con todos nuestros pecados, y con todas nuestras penas, pare con dolor, y dá la vida à los christianos por la violencia de su muerte? Mas aunque este suplicio sea tan cruel è ignominioso, no dexa de contener ventajas maravillosas, y de ensalzar altamente la gloria y el poder del Hijo de Dios; porque solamente él pudo hacer la muerte fecunda; pudo mudar su Cruz en un lecho nupcial; pudo dar la vida muriendo; y pudo adquirir respirando la qualidad de Padre y de Esposo. Por esto tuvo razon San Agustin para llamar à la Cruz thálamo de Jesu-Christo, admirando su fecundidad en su muerte: *Thalamus parturientis. Ascendat sponsus noster thalami sui lectum, dormiat moriendo, aperiatur latus ejus, & Ecclesia prodeat virgo.* (b)

Pues ahora, bolviendo al objeto de nuestros cultos, parece que el Apostol San Andrés tiene sin duda alguna parte en esta gloria; pues como murió en la Cruz, halló en ella la qualidad de Padre, dando la vida à todos aquellos à quienes ha convertido. Ampliemos este pensamiento por ser el que mas ensalza la gloria de nuestro Santo, y

ha-

(a) Hieronim. cap. 30. (b) Aug. lib. 2. de Simb. cap. 5.

hagamos ver, que su muerte, asi como la de Jesu-Christo, fue milagrosa y fecunda. Mirad: los Apostoles son los Padres de los fieles, ya por ser sus Predicadores, y ya por haver sido Martyres. Como Predicadores, dan à luz à los que instruyen, porque les dan la vida, dandoles la gracia, y pueden decir à todos sus discipulos lo que San Pablo decia à los Galatas: *Filioli quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis*: (a) Como Martyres, engendran hijos para Jesu-Christo. Su sangre es una fecunda semilla que puebla la Iglesia, y su muerte es un manantial perpetuo de vida: *Semen est sanguis Christianorum*. (b) Parecia que los Christianos nacia de las heridas de los Martyres; y que como el grano de trigo halla la fecundidad en su misma corrupcion, asi estos generosos atletas encontraban la victoria en su derrota, y su multiplicacion en sus tormentos. San Andrés, por consiguiente, tuvo estas dos qualidades, y como añadia la gloria de Martyr à la de Apostol, era Padre de los fieles que instruía, animandolos con sus palabras, y engendrandolos por el Evangelio. Y asi podia decir con verdad como San Pablo, *per Evangelium ego vos genui*. Mas la circunstancia de Martyr le daba mas derecho à la qualidad de Padre; porque su sangre era una fecunda semilla; sus heridas producian christianos, y su muerte daba la vida à mil infieles convertidos.

Pero como el genero de su martyrio tenia mas re-

(a) Paul. ad Galat. c. 4. v. 19. (b) Tertul. Apolog. in fine.

relacion con el del Hijo de Dios, que el de otros Martyres; tuvo asimismo mayor parte que otros en su fecundidad. Aquella dolorosa Cruz que le sostenia fue para él un thalamo nupcial: espirando en ella engendró muchos hijos, y se vió renacer por su muerte misma; y asi quando perdió la vida, dejó, à pesar del furor de sus enemigos, una gloriosa posteridad. ¡Oh verdugos, y qué imprudentes que sois! ¡quán inútiles son vuestros esfuerzos! ¡quán débil vuestra crueldad! quereis arruinar la religion christiana, y la estableceis; quereis hacer morir à un hombre, y le haceis revivir. Ese mismo Andrés que haveis puesto en la Cruz, renacerá de sus propias heridas: él arrojará, si así se puede decir, hijos por la boca de sus llagas, y será Padre de ellos, porque es Martyr de Jesu-Christo, y vuestra ciega pasion solo servirá para disminuir el numero de los infieles, y aumentar el de los Christianos, pues la Cruz es para él, como para el Hijo de Dios, un thalamo doloroso y fecundo: *thalamus parturientis*.

PUNTO SEGUNDO.

Es tambien la Cruz, como dexé establecido en el exordio, Altar en donde Andrés se sacrificó à Dios; à fin de que à imitacion de su Maestro, tenga la gloria de ser Sacerdote y víctima en un mismo sacrificio. Si Jesu-Christo hizo milagros en vida, es preciso confesar, que los hizo mayores y mas singulares en su muerte; y que la Cruz en que tenia sus brazos enclavados, no havia ligado su poder. Allí fue en donde cum-

pliendo sus promesas, atraxó à sí todas las cosas: *Egosi exaltatus fuero à terra omnia traham ad meipsum.* (a) Allí fue donde abatió el Cielo, elevó la tierra, y reconcilió los hombres con su Padre. Allí fue donde espantó à los vivos, resucitó à los muertos, desquició la tierra, y oscureció al Sol. Pero sin atenerme precisamente à estos prodigios que fueron reconocidos por sus mismos enemigos, advierto otros tres nada inferiores que miran à su Persona, à su Muerte, y à su Cruz: porque ¿no es uno de los grandes milágrs, que mudando la naturaleza de las cosas, haya hecho de su Cruz un Altar, de su muerte un sacrificio, y de su cuerpo una víctima? Pues todos estos prodigios que solamente se ven con los ojos de la fé, pasaron en el Calvario, en donde Jesus, perdiendo el honor con la vida, obró estas maravillas que arrebatan el corazon de los fieles, Si non lo miratis

La Cruz que era infame patibulo, vino à ser un Altar sagrado, donde Jesu-Christo se sacrificó por la gloria de su Padre, y por la salud de los hombres: *Altare sacrificantis.* (b) La muerte que era la pena del pecado, se convirtió en sacrificio en la Persona del Hijo de Dios; y expiando todas nuestras ofensas, satisfizo à la justicia de su Padre. Mas lo que excede, al parecer, toda creencia es, que el cuerpo del Hijo de Dios, como sacrificado por la culpa, lleve su nombre en la Escritura, y sea intitulado *pecado* por el Apostol San Pablo: *Qui non noverat peccatum pro nobis*

(a) Joan. 12. v. 32. (b) Aug. de Tempore 430.

his peccatum fecit. (a) Por lo que este nombre es titulo de afrenta y de honor; según los diferentes fines que obligan à tomarle al Salvador del mundo: es honroso, quando señala su victoria, y nos demuestra que Jesu-Christo, à imitacion de los conquistadores que toman el nombre de las Provincias por ellos subyugadas, quiso tomar el del pecado, à quien sobre la Cruz havia deshecho. Es injurioso, porque nos demuestra al Hijo de Dios constituido la deuda y la caucion de los pecadores, colocado en el lugar de estos sobre el Calvario, cargado con sus delitos, y por un exceso de amor y de humildad, convertido en pecado. Sobre lo que San Ambrosio dixo excelentemente estas palabras: ¿te admiras, Christiano, de que el Verbo Eterno se haya hecho carne; y que por parecerse à los hombres haya tomado sus debilidades, y flaquezas? *Miraris quia verbum caro factum est?* *Miraris quia verbum caro factum est?* Pues admirate con mas razon, porque este mismo Verbo se ha hecho pecado por ellos, à fin de crucificar todos sus pecados en su carne, y hacerlos participantes de su inocencia y de su gracia: *Mirare potius quia Christus factus est pro nobis peccatum, ut peccatum nostrum in sua carne crucifigeret.*

Esto supuesto, veamos ahora todas estas maravillas en Andrés, y respecto de que este Santo es la mas perfecta imagen del crucificado, hagamos ver en la continuación de este discurso, sus admirables conveniencias con el Hijo de Dios. Aunque la muerte de los Martyres sea pena del

(a) Paul. 2. Cor. c. 5. v. 21. *Qui pro nobis factus est peccatum*

pecado, no por eso dexa de ser su remedio. Es à la verdad, un efecto que destruye à su causa es una hija que hace morir à su Padre: es en fin, una acción de virtud, que merece, segun el sentir de los Padres, el augusto nombre de sacrificio: *Mors, quæ in lege naturæ erat pœna peccati*, dice San Agustín, *in lege gratiæ facta est hostia pro peccato.* (a) Pues como nuestro glorioso Apostol es Martyr, muda su muerte de naturaleza; y de ser un efecto del pecado, pasa à ser un efecto de la gracia; perdiendo el infame nombre de suplicio, y adquiriendo el nombre glorioso de sacrificio. La Cruz en que le ponen, es un Altar, en que se sacrifica, y es una injusticia considerarla como patibulo, respecto de que Andrés no es delinquente: y así, hasta los mismos verdugos conocen su inocencia, y se ven precisados à confesar, que el árbol sobre que el Santo es elevado, à juzgar por el fruto que lleva en sí, merece mejor el nombre de Altar que el de patibulo. En fin, Señores, su cuerpo es una víctima inocente, que no borra, à la verdad, los pecados ajenos, pero sí los propios, consumiendose en sí misma, y hallando dichosamente en su muerte, la causa de su salud y de su gloria. Y así, no reconoce Andrés ventaja alguna en descender de la Cruz antes de finalizarse el sacrificio; por lo que esta víctima sangrienta no pide à Dios otro favor, que el de que le dexen morir sobre aquel mismo Altar, en que era colocado: *Tantummodo in ista voce exaudi me.* Solamente os pido, le dice à Dios,

(a) August. lib. 4. de Trin. c. 12.

Dios, una gracia. ¿Y cuál imagináis, Señores, sería esta gracia? Juzgaréis, que lo que desea Andrés es obligar al Cielo à que haga un milagro para libertarle de la muerte; à deshacer su cruz con el estrepito y eficacia de un rayo; à esparcir los verdugos que le rodean; à romper los clavos que le fixan en el madero, ò à obrar otro prodigio semejante para salvar su vida, y declarar su inocencia? Ah! cuánto mas nobles eran sus pensamientos! Andrés se acuerda que su Cruz es un altar, que su muerte es un sacrificio, y que su cuerpo es una víctima; y así, toda la gracia que pide es, que este altar no sea privado de su uso; que este sacrificio no sea interrumpido, y que la víctima pierda efectivamente la vida para adquirir la inmortalidad: *Ne patiaris ab impio iudice deponi.* Decid la verdad Christianos, ¿hubierais vosotros concebido semejantes deseos? ¿hubierais hecho la misma súplica? no tengo motivo para creer, que vosotros hubierais pedido descender de la Cruz; respecto de que con tanta cobardía como instancia le pedis todos los dias, os liberte de una afliccion que os prueba, de una enfermedad que os castiga, ò de una tentacion que os exercita? Pues aprended de la voz moribunda de un Andrés, que la muerte es una gracia, que el sacrificio es un favor, y que la calidad de víctima y de Martyr es preferible à la de Apostol. Pero si habla como una víctima sobre la Cruz, tambien habla como un Predicador; y por consiguiente, si la cruz fue su altar, como haveis oido, tambien fue su Catedra, en que à imitacion de Jesu-Christo, enseñó à los fieles, y

les persuadió las mas importantes verdades del Christianismo, como ahora vereis. Mirad:

PUNTO TERCERO.

Como el Hijo de Dios es el interprete de su Padre, es asimismo el Maestro de los hombres. *Quaecumque audivi à Patre nota feci vobis.* El los enseña con exemplos antes de instruirlos con palabras, y aun les dá lecciones antes que pueda hablar; pues aun quando no era mas que un infante, era ya doctor del mundo. Mas quando llegó à una edad abanzada, abrió su boca llena de oráculos, explicó los mysterios mas elevados de nuestra Religion; y admiró con sus milagros à los que no havia podido persuadir con sus razones. Sin embargo, es inegable que la Cruz fue la Catedra, donde predicó con mas fervor y eloquencia; y donde enseñó las virtudes mas difíciles y gloriosas; porque allí fue, donde enseñó à los Christianos à perder la vida por la gloria de su Padre; allí fue, donde les inspiró el respeto que se debe tener à las madres que nos dieron à luz; allí fue, donde con el exemplo de la recompensa de San Juan, nós recomendó la fidelidad que debemos observar con los amigos; allí fue, donde por el favor que concedió al buen Ladron, nos persuadió que la christiana liberalidad no debe tener terminos: pero sobre todo, allí fue, donde nos intimó con su práctica el olvido de las injurias y amor à los enemigos. Y à la verdad, es tan noble esta virtud, que no podia ser enseñada à los hombres, sino por la boca de Dios. Digo mas: era necesario, que el mismo Dios la autorizase con su exem-

exemplo, y que muriese practicandola, para hacernosla amable. Es tan hermosa, y al mismo tiempo tan ardua, que los Paganos, admirados por una parte de su belleza, y horrorizados por otra de su dificultad, no han podido comprehender, que la Ley divina haya debido pedir esta virtud à la flaqueza humana. Y así, es reputada por el ultimo esfuerzo de la caridad, por el colmo de la perfeccion, y por la verdad mas encumbra- da de la christiana filosofia: *Culmen bonitatis*, dice S. Pedro Chrysologo; *pietatis fastigium & supremum divinæ philosophiæ documentum.* (a) Por lo que el grande Agustino tenia razon para decir, que la Cruz de Jesu-Christo era su Catedra, y que desde ella, como Maestro Divino, enseñaba la Moral à todos los fieles: *Cathedra magistri docentis.*

Pues ahora, esta misma Cruz fue, Señores, para San Andrés, lo mismo que havia sido para el Hijo de Dios: y por consiguiente en esta augusta Catedra fue donde este grande Apostol acabó de convertir à las naciones. El havia corrido todas las provincias de Tracia y de Epiro. Un motivo mas noble que el de los conquistadores le havia llevado à las extremidades de la tierra: su zelo havia vencido todas las dificultades y trabajos que acompañan à los grandes proyectos: y deseando hacer à Jesu-Christo Soberano del Universo, havia andado de Reyno en Reyno predicando su Evangelio à todos los Pueblos. Pero lo que mas admira, Señores, es, que no haya in-

(a) Chrysolog. Serm. 38. *hinc se supponit emam la*

terrumpido este exercicio, ni aun sobre la Cruz: de modo, que ni sus dolores le impiden exortar à los infieles, ni el justo sentimiento que podia tener de su barbara crueldad, es bastante para que omita el rogar por su salud. Y este es el milagro de la predicacion, dice San Juan Chrysostomo; conuiene à saber: que el numero de los creyentes se multiplique, no por medio de la eloquencia, sino por el de la paciencia de los Predicadores; y que hombres cargados de afrentas, y cubiertos de llagas, hagan mas conquistas que los Reyes con la fuerza de sus armas, y que los Oradores con los encantos de su Retorica.

En efecto, Señores, ¿no es una maravilla ver que un Apostol desde la altura de una Cruz, en que se halla enclavado, tenga todavia ánimo y voz para exortar à sus oyentes? que el temor de su cercana muerte, y el esfuerzo de los dolores no le hagan perder el zelo de un Predicador Evangelico? que mientras su vida se va saliendo del cuerpo con su sangre, encuentre aun razones para convencer la obstinacion de los verdugos? en una palabra, que estando él crucificado, predique con tanta fuerza y ardor à un Dios crucificado, como dice el Chrysostomo, *crucifixus crucifixum predicabat*? ¡Ah! es agradable predicar en un pulpito desde donde se nos escucha con respeto; y facil el persuadir à los oyentes, crean lo que les decimos, y reverencien en nuestra persona à Jesu-Christo. ¡Mas quàn terrible es predicar, como San Andrés, sobre una Cruz! ¡qué esfuerzo y amor no es necesario para predicar el Evangelio al mismo tiempo que se está luchando con los mas

vivos dolores; Ah! nosotros nos quejamos muchas veces, de que para recrear santamente al auditorio es necesario pasar las noches sobre los libros; decir con espíritu y fervor lo que hemos compuesto con trabajo; y exponer nuestra salud por asegurar la de los próximos. Pero, sin duda, son injustas nuestras quejas, y ligeros, à la verdad, nuestros trabajos; pues solo nos cuestan algun poco de sudor, que es comun à todos los hijos de Adan; cuya vida no puede pasar sin trabajo, y despues del delito de su padre. Mas San Andrés hace de su Cruz un pulpito; predica todo cubierto de sangre; emplea todas las facultades que le han quedado para convertir los pecadores; y à fin de imitar con mas perfeccion à su Maestro olvida sus dolores, y solo piensa en la salvacion de sus enemigos. El levanta su voz para pedir al Cielo lo perdone; él hace hablar à su sangre para ser mejor oido; y valiendose de sus heridas, como de otras tantas sangrientas bocas, pide esta gracia del Señor para sus mismos verdugos. En cuya suposicion, ¿no os dixere con justicia que su Cruz havia sido su Cátedra, y que à imitacion del Hijo de Dios; havia predicado desde el mismo patibulo en que estaba enclavado? *Cátedra docentis*? Pues mirad, como el amor despreciado se muda en furor; esta misma Cruz, que para Maestro y Discipulo fue una Cátedra de celestial ensenanza, como habeis oido; tambien para ambos un severo tribunal, en donde condenan irrevocablemente à los que no han podido convertir, que es el ultimo punto de este discurso. Renovad la atencion y reflexionad, que

PUNTO QUARTO.

Aunque Jesu-Christo sea nuestro Abogado, no por eso dexa de ser nuestro Juez; y asi como ha defendido nuestra causa, asi tambien pronunciará nuestra sentencia, dandonos señales de su justicia, despues de havernos dado pruebas de su misericordia. Pero lo que me admira mas es, que exerciese, como de hecho exerció, los dos officios sobre la Cruz; y que alli fuese no menos Juez que Abogado de los pecadores. Fue Abogado, porque habló altamente en su favor, y su sangre, mas caritativa que la de Abel, obtuvo la remision de sus pecados. Mostró al Padre su rostro pálido y manchado de sangre; su augusta cabeza coronada de espinas; sus pies y manos atravesados con clavos; y en este funesto estado, que obscurecia enteramente la Magestad, mereció ser oído de su Padre, no obstante que le rogaba por los culpables: *Exauditus est pro sua reverentia.* (a) Mas despues de haver exercido el officio de Abogado, quiso exercer el de Juez; y para imprimirnos el temor con el amor, quiso hacernos ver desde la Cruz una espantosa imagen del juicio: porque mirad, el principal empleo que tendrá Jesu-Christo en este dia terrible, será el de separar los buenos de los malos, recompensando á los primeros, y castigando á los segundos. Para este fin pronunciará una sentencia eterna de quien á ninguno se le permitirá apelar, y

(a) Hebrzoz. cap. 1. v. 7.

por la qual los justos serán enviados al Cielo con los Angeles, y los culpables desterrados á los infiernos con los demonios. Pues ahora, ¿no os parece que sucedió lo mismo en el Calvario? La Cruz, á la verdad, fue un tribunal, en que Jesu-Christo en calidad de Juez pronunció eterna sentencia entre los dos ladrones que están á sus lados; y prometió á la fé, y confesion del uno el Paraíso; y á la blasfemia y desesperacion del otro el infierno. Este prodigio hizo exclamar á San León en esta forma: fue puesto entre dos ladrones, para que en la misma especie de patíbulo se manifestase aquella separacion de buenos y de malos, que se ha de hacer en su ultimo juicio: *Affixus est inter duos latrones, ut etiam in ipsa patibuli specie monstraretur illa que in judicio ipse omnium facienda est discretio.* San Agustin dice lo mismo; y para amedrentar á los pecadores que se prometen la impunidad de sus delitos, les enseña que la Cruz fue un tribunal para Jesu-Christo, donde usó de su justicia despues de haver exercido su misericordia: *Ipsa crux, si attendis tribunal fuit: in medio autem iudice constituto, unus latro qui credidit liberatus est, alius qui insultavit damnatus est.* Y asi no llameis ya, Señores, á la Cruz thálamo, donde Jesu-Christo engendrará los fieles como padre suyo. No la llameis altar, donde se sacrificaba como víctima; sino llamadla tribunal donde sentencia como Juez, y donde castiga severamente á los culpados que no han querido hacerse dignos de sus recompensas.

Y ved aqui, Señores, como San Andrés fue una perfecta imagen de Jesu-Christo, porque so-

bre la misma Cruz, en que havia sido el Abogado de sus verdugos, hizo el oficio de su Juez; y despues de haver inutilmente defendido su causa, pronunció eficazmente su sentencia. El rogó por sus enemigos, como os he referido; él empleó su espíritu y discrecion para convertirlos, sin olvidar cosa alguna de las que eran necesarias para suavizar su furor y vencer su pertinacia. Mas luego que despreciaron las ultimas razones de este Abogado moribundo, el Cielo que quería hacerle semejante à su Maestro, mudó su Cruz en tribunal, y le estableció Juez suyo, vengandole de sus ultrajes. La tierra tembló baxo los pies de estos impios; abrió sus abismos para sepultarlos vivos; y despues de haver con su ruido y estrépito murmurado por largo tiempo contra sus crímenes, hizo estraños y justos esfuerzos para perderlos. El Cielo tambien la dió el exemplo; porque arrojó sus rayos sobre las cabezas de estos culpables; esparció esta tropa de rabiosos, hirió à unos, espantó à otros, y si la venganza huviera podido entrar en un corazon poseído de la caridad, huviera Andrés tenido la satisfaccion de ver à sus verdugos castigados, y deshechos à sus enemigos. Mas él se contentó con bendecir al Señor que le vengaba, y de confirmar en su silencio la sentencia que la Justicia Divina havia publicamente pronunciado contra estos delinquentes.

Pero no penseis, Señores, que este gran Santo fue solamente Juez de los verdugos que le enclavaron en la Cruz: es Juez juntamente, que condena à todos aquellos que no le imitan. Condena, digo, à los que aman las delicias, y huyen de los

dolores y trabajos. Condena à los que no quieren llevar la Cruz que Dios les ha repartido. Condena à los que se han horrorizado ò avergonzado de llevarla; enseñandoles con su exemplo, que los que no son crucificados, no merecen el nombre de christianos. Y à la verdad, los que quieren pertenecer à Jesu-Christo deben tomar parte en su Cruz. Y San Pablo no reconoce por fieles sino à los que crucifican su carne con sus inclinaciones: *Qui Christi sunt carnem suam crucifixerunt cum vitiis & concupiscentiis suis.* (a) Y es tan verdadera esta máxima, que la misma Cruz de Jesu-Christo nos es inutil sin la nuestra: *Non sufficit crux sua sine tua.* (b) Y todos los meritos que su Magestad nos adquirió muriendo en ella no nos son de provecho, si no nos son aplicados por nuestros sufrimientos. Es necesario, pues, prevenir el furor de los verdugos por nuestra justa colera. Es necesario vengar à Dios en nosotros mismos y crucificarnos, sin esperar que los hombres nos crucifiquen: *Si nemo te crucifigit, ipse te crucifige.* (c) Pero la desdicha es, que la mayor parte de los christianos no aman la Cruz; que se alejan de todo aquello que tiene color de tal, que huyen de las aflicciones, porque son sus imágenes; que se defienden de las injurias, porque tienen con ella alguna semejanza; pues si ellos amaran la Cruz, dice el Chrysostomo, llevarian una vida crucificada: *Si Crucem amarent, vitam crucifixam agerent.* (d) Si fueran, en fin, imitadores de San Andrés,

(a) Paul. ad Galat. c. 5. v. 24. (b) Chrysost. Sermon. de Cruce. (c) Idem ibid. (d) Idem ibid.

drés, serian como él vivas imágenes de Jesu-Christo crucificado. Y despues de haver tenido parte en su Cruz sobre la tierra, esperarían con justicia participar de su gloria en el Cielo: donde nos conduzca el que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.



SERMON

DE SAN NICOLAS DE BARI.

Talibus enim hostiis promeretur Deus:

Ap. ad Hebr. cap. 13. v. 16.

Despues que el hombre se hizo delinquente, no puede aplacar à Dios, ni expiar su pecado sino por el sacrificio. Mas como el antiguo y el nuevo Testamento son extremadamente diversos; pues aquel hacia à los hombres esclavos por el temor; éste los constituye hijos por el amor; aquel los espantaba con sus amenazas; éste los consueta con sus promesas; el uno no hablaba sino de los placeres de la tierra, y el otro no nos recrea sino con las delicias del Cielo; tenían por consiguiente víctimas y sacrificios muy distintos; porque en el antiguo Testamento no se reconciliaban los judios con Dios, sino por la mortandad de los animales, cuya sangre derramaban al pie de los altares para expiar sus pecados, sin que pudiesen à su Magestad alguna gracia, cuya obtencion no fuese por la muerte de alguna víctima sangrienta. Mas en el nuevo Testamento tienen los christianos hostias mas inocentes; pues como el Hijo de Dios ha satisfecho completamente à su Padre por el sacrificio de la Cruz y del altar; no le ofrecemos, ya nosotros mas sacrificios que el de